





Inmersión

NOVELA | **B**erenice



Christophe Ono-dit-Biot

Inmersión

Traducción de Iballa López

GRAN PREMIO DE NOVELA DE LA ACADEMIA FRANCESA
PREMIO RENAUDOT DES LYCÉENS



Berenice

Título original: *Plonger*

©Editions Gallimard, 2013
(© Christophe Ono-dit-Biot, 2013)
© De la traducción: Iballa López Hernández, 2014
© De esta edición: Berenice, 2014
www.editorialberenice.com

Derechos exclusivos de edición en lengua española: Editorial Berenice, S.L.
Primera edición: noviembre, 2014

Director editorial:
David González Romero

Diseño y preimpresión:
Berenice

Maquetación y corrección:
Deculturas, S. Coop. And.

Impresión y encuadernación:
Gráficas La Paz

ISBN: 978-84-15441-65-6
Depósito legal: Co-1677-2014
Ibic: FA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Para A., que me ha dado a H.

oooo

No moriré: tengo un hijo.

Proverbio árabe.



La hallaron así. Desnuda y muerta. En la playa de un país árabe. La sal había formado cristales sobre su piel.

Una provocación.

Una exhortación.

A escribir este libro, para ti, hijo mío.



I

UNA HISTORIA DE AMOR



LO MEJOR QUE PUEDO

Para ti, todo empezó con tu nacimiento.

Para nosotros, todo terminó con tu nacimiento.

Yo, tu padre. Ella, tu madre. Tu vida fue nuestra muerte. La muerte de ese nosotros, esa entidad de carne y alma que había velado sobre tu nacimiento: un hombre y una mujer que se amaban.

La verdad no existe, como todos los absolutos que nunca alcanzamos.

Tan sólo puedo ofrecerte mi verdad. Imperfecta, parcial, pero ¿qué otra cosa, si no, podría hacer?

Siempre faltará su verdad, su versión de los hechos, su vivencia, su timbre de voz si aún pudiera hablarte, sus gestos, su estilo, si hubiese decidido escribirte. Pero, hasta donde sé, no dejó ninguna cinta, ninguna grabación, ni carta ni cuaderno en relación con el último periodo de su vida. Nada, únicamente, pero acaso ya es bastante, esos cuadros tejidos con hilo azul, en cuyas profundidades algún día habrás de leer.

A tu madre la quise y la odié, más vale que sea franco contigo, aunque la pareja que formamos no sea cosa tuya. La pareja es la guerra. Ya lo verás cuando estés enamorado.

Se me hace raro escribirlo, porque, cuando levanto la cabeza del escritorio, voy a tu habitación y me inclino hacia la cama en que te respiro, tibio en tu pijama con estampado

de cebra, me parece bastante cómico imaginarte enamorado. Por el momento sólo lo estás verdaderamente de tu muñequito de trapo con dos cabezas y del farolillo mágico que ella compró antes de que nacieras y que proyecta en las paredes peces dorados ondeando entre los corales. Desde tus primeros días de vida hasta hoy, han dibujado en tu rostro sonrisas que harían feliz a cualquiera.

A cualquiera excepto a ella, tu madre.

¿Acaso soy cruel por arrojar semejantes piedras al estanque de felicidad que se asocia con un nacimiento? Quizá. No llorar. Sobre todo, no debo llorar. O nunca terminaré. Y si hay algo que te debo es eso, terminar.

Pero empecemos, mi minúsculo hijo. Por el acontecimiento más importante de la historia, aquel del que todo dimana: tu nacimiento.

SUFRIMIENTO FETAL

«¡Lo perdemos!»

Con ese grito fue como me despertaron, revelando así su verdadera naturaleza a través de una metamorfosis aterradoras. Hasta entonces se habían comportado como hadas buenas alrededor de la cama, prodigando consejos, sosiego; pero allí estaban, transformadas en las siniestras Parcas, decidiendo que muy pronto, dentro de tres minutos tal vez, se cortarían el hilo de tu vida, siquiera devanado.

«¡Lo perdemos!»

Unas crías en bata blanca, una rubita y dos morenitas, de aspecto tranquilo... Hasta el momento en que armaron sus blancas manos con utensilios cortantes. Sí, unas Parcas, soltándole a todo el que quisiera oírlo, a lo mejor a ti mismo, a un metro de sus bocas, sufriendo el martirio en tu envoltura uterina, en las entrañas de tu madre: «¡Lo perdemos!».

Le sumergieron unos tubos de plástico transparente entre los muslos. Vi sangre negra derramándose mientras otra de las chicas le plantaba una mascarilla de oxígeno en la cara. Vi cómo se le aturdían los ojos, incapaz como era, al igual que yo, de comprender por qué entonces todo adquiriría ribetes de tragedia.

Poco antes habían dicho: «Todo va a salir bien, no se preocupe, las pulsaciones son normales». Mentirosas: las pulsaciones, las de tu corazoncito, que a esa edad tiene el tamaño

de un tomatito, no eran normales. Revelaban el agotamiento de tu organismo, comprimido por las presiones extremadamente fuertes del útero materno.

«Las pulsaciones son demasiado violentas», terminaron por decir, añadiendo enseguida: «No lo soporta, lo perdemos».

Me incorporé de un brinco para acercarme a vosotros dos, pero la niebla me detuvo. La que caía en mis ojos como el telón de un teatro mórbido. Un calor súbito me incendió las sienes.

Antes de tambalearme, vi a una de ellas empuñando unas tijeras.

Nos habíamos adormecido tras la epidural, esa palabra que no me gusta, hoy en día, aún menos. Todo había ido bien con la aguja, que había hecho su agujero con normalidad, inyectando el anestésico entre las vértebras. Como al resto de padres inminentes, me habían pedido que saliera. El tamaño de la aguja, de varias decenas de centímetros, como un brazo de bebé, causaba estragos en los nervios, de por sí sometidos a una dura prueba. La mujer, no obstante, no ve nada, porque las mujeres no tienen ojos en la espalda, al contrario que en la leyenda urbana divulgada por los maridos infieles. Se había, pues, procedido como era debido. Ella descansaba. Tremendamente hermosa con el pelo recogido y la bata verde, y yo también, con la bata verde y mi libro, la *Iliada*, en las manos, debido a tu nombre o, mejor dicho, tu nombre debido a la *Iliada*. Héctor, «el más querido de los mortales para los dioses», el héroe más hermoso de la *Iliada*. Es cierto. Que no se le ocurra a nadie hablarme de Aquiles, el asesino colérico, embriagado por su propia gloria de semidiós. Que

tampoco me mencionen a Ulises el de «las mil astucias», ese hipócrita de primera que pagó sus jugarretas con un viaje de veinte años. La justicia existe. Mientras que Héctor, Héctor con su «casco tremolante», «domador de caballos»... Valeroso, robusto, él amaba a sus ancianos padres, a su mujer y a su hijo; era incapaz de cometer un acto indigno. Una dignidad que, en el caso de sus enemigos, brillaba por su ausencia: tras matarlo, Aquiles le horadó los pies, introdujo por ellos una correa que ató a su carro y, fustigando sus caballos, arrastró el cadáver por toda su ciudad ante los ojos de sus ancianos padres, su mujer y su hijo, demasiado pequeño para comprender. Héctor no había desmerecido: a Aquiles le habían ayudado los dioses, pues Atenea le había incluso devuelto, discretamente, la jabalina que él le había lanzado a Héctor sin rozarlo siquiera. La zorra de Atenea. Héctor es el héroe más hermoso de la *Iliada*. Te llamarías Héctor y yo aguardaba tu nacimiento con la *Iliada* entre las manos.

—Tiene seis horas por delante —había dicho una de las hadas—. Descanse.

Tras una sonrisa y un beso en la frente, nos quedamos dormidos. Ella en su cama grande, con su barrigón. Yo con la cabeza apoyada en la mesa y el abrigo doblado en cuatro bajo la mejilla.

«¡Lo perdemos!»

La sangre que salpica, yo que me mareo y mis piernas invadidas de hormigas rojas que escupen ácido en las fibras de mis músculos. El aparato que medía las contracciones adquiría aspecto de sismógrafo. La aguja enloquecía.

«Las contracciones son demasiado fuertes. Se le va a parar el corazón, ¡lo perdemos!»

Por encima de la mascarilla que le comía la mitad de la cara, tu madre me buscaba con la mirada. La mía se me nublaba. Un malvado genio de la medicina irrumpía en la poesía del alumbramiento y pretendía privarnos de tu nacimiento. Me rebelé. Se la llevaban sobre ruedas, a ella y a su mirada implorante. Avancé hacia ella antes de desplomarme. «El padre se siente mal», dijo una de las Parcas volviéndose hacia mí. Las ruedecillas rechinaban sobre el sintasol del pasillo. «No puede acompañarla», soltó la voz de otra como quien clavetea un ataúd.

Ya no estaba allí. Estaba sola, tal vez con la muerte en el vientre. La tuya. Yo estaba sentado en el suelo, cual héroe griego derrotado por una fuerza invisible. Una diosa pérfida, Atenea a buen seguro, traicionaba a un nuevo Héctor.

Tu madre me necesitaba y yo me hallaba cautivo, exangüe, en una sala de parto que no se utilizaría.

ALUMBRAMIENTO

Hay minutos que duran vidas enteras.

La señora que barría me aconsejó que fuera a tomar un café. ¿Tomar un café mientras mi hijo luchaba contra la muerte? La puerta de doble hoja que daba al quirófano dejó escapar a una enfermera que, antes de desaparecer por el umbral de otra estancia, soltó esta frase, sin verme: «No lo-gramos recuperarlo».

Habíamos venido a dar la vida y yo iba a recuperar una cajita. Abrí mi libro.

Mas, así que se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, congregóse el pueblo en torno de la pira del ilustre Héctor. Y cuando todos acudieron y se hubieron reunido, apagaron con negro vino la parte de la pira a que la violencia del fuego había alcanzado; y seguidamente los hermanos y los amigos, gimiendo y corriéndoles las lágrimas por las mejillas, recogieron los blancos huesos y los colocaron en una urna de oro, envueltos en fino velo de púrpura.

¿Qué era lo que habíamos hecho mal? Estaba postrado, sentado en el suelo de sintasol. Tú en el quirófano, con ella, en su vientre. Tú, de quien seguía sin saber si pertenecías al mundo de los vivos.

—Señor, puede venir.

Había recobrado su voz suave y despojado sus manos de las tijeras. La Parca se había vuelto a transformar en hada. Desde el final del pasillo, me invitaba a seguirla. ¿Estaba sonriendo? Eso creo.

Algunos pasillos son como túneles. Me tragué a la carrera las baldosas plastificadas, verdes y azules, con los oídos zumbando como avispas, concentrado en el umbral de la sala de la que emanaba una luz de neón.

El partero llevaba aún la mascarilla sobre la cara y se inclinaba por encima de ti. Auscultaba tu respiración, cosita rosa con cabello negro y rostro maravillosamente perfilado. Mi hijo.

—¿Todo va bien? —dije con la voz cascada.

—Todo va bien.

—Quería decir que sí... ¿No está sufriendo?

Me alargó unas tijeras. Hice ademán de retroceder.

—¿Quiere cortar el cordón?

Al principio dije que no y luego agarré el utensilio de metal. Retomaba el control. Les obstaculizaba el paso a las Parcas que habían estado a punto de quitarte la vida. El cordón estaba trabado en una pinza de plástico amarillo. Corté a ras de la pinza. Brotó un líquido negro.

—Es negro porque tiene alto contenido en oxígeno —me dijo el médico.

Tú me miraste, con tus ojos azules, del azul de los recién nacidos. Te levantó para colocarte sobre tus piernas. Protesté esgrimiendo que ya tendrías tiempo para eso, que debías de estar agotado, pero caminaste, colocando una pierna tras otra, como un cosmonauta sobre el suelo lunar.

—Olvidará y volverá a aprender —dijo el médico. Te

midió, te pesó, me pidió que anotara tus medidas en una pizarra blanca con un rotulador que olía a alcohol—. Todo va bien —afirmó nuevamente, y fue sólo entonces cuando me dije que podía creerlo.

—¿Y su madre?

—La operación se está terminando. La verá dentro de media hora.

No lloré, porque la vida había ganado.

—¿Qué nombre le va a dar? —preguntó una enfermera con el bolígrafo en el aire, dispuesta a apuntarlo en tu pulse-rita identificativa.

HÉCTOR brillaba con todas sus letras ante mis ojos, pero no me sentía con derecho a pronunciar ese nombre,preciado, definitivo, solo, sin ella, de prisa y corriendo, en la sala de recuperación de un quirófano.

—Voy a esperar a la mamá —dije empleando esa palabra de niño que tanto se utiliza en esos templos del alumbramiento.

La enfermera se quedó asombrada.

—¿Todavía no sabe el nombre?

Te miré. Me dije que esperar no serviría de nada. Que había que cogerte con firmeza y traerte a mi lado, a la vida, a la familia que íbamos a formar. Me dije que te aceptaba como quien acepta una coronación y pronuncié la palabra ritual, el talismán sonoro de tu hermoso nombre. Te dije, a ti, porque a ella no le incumbía:

—Te llamas Héctor.

Me pidió que me quitara la camisa. La miré con extrañeza. Sonrió y me dijo:

—Vamos a hacer el contacto piel con piel.

Mis cejas se convirtieron en puntos de interrogación.

—Para darle calorcito y que le vaya conociendo —prosiguió.

Me quité la camisa. Y fue así, sin camisa, en aquella sala de hospital, como acogí tu cuerpecito desnudo y tibio entre mis brazos. Con tu minúscula boca buscaste mi seno, pero no tenía ninguno. Tenía todo lo demás. Y te tenía a ti.

EMBARQUE

El pasaje que sigue a continuación no es para Héctor. Habrá otros como éste. Algunos. No le puedo decir todo. A un hijo no se le puede decir todo sobre su madre. Mucho. Casi todo. Pero no todo. Lo escribo porque de algún modo he de desahogar todo este amor disgustado. Pero me contendré a continuación. La verdad es que detesto a su madre por hacerme esta jugarrera. La embajada me llamó: «Debe proceder a la identificación». Entonces, no están seguros. Han encontrado un pasaporte, pero no están seguros. Estoy destrozado y la odio a muerte. Y eso que me lo había prometido a mí mismo. No salir nunca más de mi geografía actual, íntima. No volver nunca más allí, del otro lado, fuera de Europa, no regresar nunca allí donde uno ignora por qué muere.

Siento rencor hacia ella. Qué desperdicio.

Me piden que me quite el cinturón. Me duele el estómago. Obedezco con la resignación propia de un condenado. Sólo lo hago por él, por mi hijo, esa detonación en regla de todo cuanto era mi vida estos últimos años.

Estoy en el aeropuerto, frente al arco. Flanqueado como una divinidad fría por dos empleados de la compañía que llevan la acreditación alrededor del cuello y un uniforme muy de madero. Descifro sus nombres. Nicolas y Karima.

Karima es bonita y me mira con una insistencia que no ha de confundirse con la manifestación de un interés erótico, simplemente con una curiosidad punzante respecto a mi persona. Primero, porque son las siete de la mañana y, segundo, por la cara que tengo, marcada por la falta de sueño, el agotamiento nervioso y las lágrimas. Karima ha advertido que algo no encajaba. Nicolas no, ocupado como está en contemplar a Karima.

—¿Le ocurre algo, señor? —dice ella con el acento ronco de Seine Saint-Denis. Tiene unos hermosos ojos marrón claro, pero se los ha pintado demasiado. Al igual que la boca, cuyos labios pulposos deben de ofrecer una bonita sonrisa cuando ella así lo decide. No precisamente en estos momentos. No me mira, me escudriña. Percibo su inquietud. Sé lo que está pensando, y cabe en una sola palabra. Trago saliva, se le afila la mirada. Casi un arañazo.

—Quiere quitarse los zapatos.

Debería ser una pregunta, pero la frase no posee dicha entonación. Karima no pregunta, afirma, es lo que le han enseñado a hacer. Karima afirma que quiero quitarme los zapatos. Me invade la rabia. La siento en la garganta. Podría decir multitud de cosas, pero ésa no es la imagen que me viene a la mente. Un electrochoque de rabia sería más acertado. Una reacción desproporcionada, pues lo que me sucede no es propiamente dicho violento o humillante, sino porque es el prelude de eso.

La odio a muerte.

He de tomar el avión para ir a identificar su cuerpo. Han encontrado un pasaporte, pero no están seguros. A cincuenta

centímetros a mi izquierda, mi bolsito caqui de explorador del mundo, extraído del letargo en el que lo dejé durante cinco años, se desliza como un pollo de criadero sobre la goma de la cinta transportadora. Dentro de unos instantes, una lluvia de rayos gamma va a hacer que escupa sus miserables secretos: una fotografía de ella, los dos únicos libros que llevo, la *Ilíada* y la *Odisea*, y el teléfono que me une a ti, mi única y verdadera razón de ser.

Me agacho, me desato los cordones, deposito los zapatos sobre la cinta grasienta, tras el bolso. Me enfundo dos bolsas de plástico, azules, cerradas por un elástico, cuya forma apenas se aproxima a la de los pies de un hombre. Dudo entre dos visiones, o bien la de unos pies deformes, como aquejados de una enfermedad atroz que los habría hinchado de agua, sangre o cualquier sanie, y que habría que ocultar; o bien la de los pies de un pitufo, esos duendecillos azules con gorro frigio de unos famosos dibujos animados de la época. Pero éstos tenían los pies blancos, ¿no es así? Amnesia de la edad adulta. Héctor, te prometo que pondré todo mi empeño para tratar siempre de comprender tus referencias culturales, para no cerrar nunca mi puerta a tu mundo, incluso cuando te burles de mí.

Karima me hace señas para que avance hacia el arco cuajado de diodos. El momento fatídico. Se muerde los bonitos labios. Presiento que me va a sonar, lo cual corroborará las dudas de Karima. La amenaza que represento para ella cabe en una sola palabra. El sudor me resbala entre los omóplatos. Se le crispa la mano sobre el teléfono de servicio.

Cierro los ojos y paso. Una fracción de décimas de segundo en la que tomo conciencia, como quien traga agua

del mar, de todo cuanto dejo atrás, la belleza de esta Europa, el rostro de mi hijo y el de la Madona de Lippi que tanto se parece a mi madre, que contemplé quince días atrás en un palacio cerca del jardín de Luxemburgo. Mi última exposición. Mi última exposición a los benéficos rayos artísticos de esta civilización que abandono. No alcanzo a reprimir un temblor. Ni la visión de una taza de café metamorfoseada en una bola líquida que me rebota en las paredes del estómago.

Abro los ojos, estoy del otro lado, no ha pitado, pero una inquietud aún mayor nimba la hermosa mirada de Karima.

¿Qué es lo que despierta un presentimiento? ¿Con qué señal nos delatamos?

—Un momento, señor —Karima despliega la palma de su mano entre nosotros a modo de escudo. Busca a alguien con la mirada y no lo encuentra. Entonces le hace una señal al hombre que está sentado detrás de la pantalla de control en la que las maletas, los bolsos y los paquetes se desnudan en un *striptease* mecanizado.

—Jérôme, ¿puedes venir, por favor? —dice mientras se vuelve a colocar nerviosamente un mechón de su cabello teñido de caoba detrás de la oreja. El susodicho Jérôme pulsa un botón y la cinta se detiene. Se acerca a nosotros. Ella le murmura algo. Él se vuelve hacia mí, me escanea como a las maletas, le hace señas a un compañero que se dirige a mí.

—Abra los brazos, señor.

Ante la mirada preocupada de Karima, me palpa las costillas, la parte interior de los muslos, las pantorrillas. Se para un instante a la altura de mi corazón, que late cada vez más

deprisa, vuelve a empezar y a continuación se endereza y agita negativamente la cabeza en dirección a su compañera. Regresa a su puesto. La cinta vuelve a su rutina.

Karima vacila. Mira el teléfono. Por efecto de los nervios, que en estos momentos han de vibrar como las cuerdas de un arpa, el calor se le ha esparcido por todo el cuerpo, los orificios que salpican su epidermis se han debido de dilatar y por primera vez puedo percibir su perfume, extremadamente ambarrino. Conoce el procedimiento para pasajeros sospechosos, mas no logra decidirse a activarlo. Me gustaría decirle: «Venga, hazlo, Karima. No te equivocas. Es peligroso dejarme pasar. Sigue tu instinto».

Quisiera que me detuviese en el acto, que me atase las manos con el acero de las esposas o me estrechase entre los brazos para inmovilizarme contra su cuerpo abrasador. Quisiera que me echase encima a los perros de la policía, que me reventase los ojos a taconazos en un despacho secreto de los bajos del aeropuerto de Roissy. Todo, salvo permitirme tomar este avión.

Entonces podría decirle a mi hijo: «Yo quería, pero no pude. Me lo impidieron».

He tomado asiento en uno de esos bancos metálicos forrados de escay habituales en los aeropuertos. Frente a mí, un individuo con un atuendo eficaz y nunca pasado de moda, con bonete y barba, y chaquetón de campaña sin mangas sobre un *salwar kameez* color crema por encima de los tobillos, como lo llevaba el Profeta en el siglo VII. Hay que hacerlo todo como el profeta. Él no cogía el avión, pero no vamos a ponernos a darle vueltas a eso.

Pienso en Beirut y el recuerdo, que serpentea rápidamente por mis vértebras, me resulta desagradable.

—Perdone por lo de antes.

Se trata de Karima. Me ha sonreído y eso ha supuesto un bálsamo de luz en mi grisura. A «sonreír» no le queda bien el nombre. Se debería decir «*sobreír*», de tanto que colma el alma.

—¿Perdonarla por qué?

—Parecía tan nervioso... Creí que... —Su acento tiene ese encanto de las cosas rotas. En el acento de los suburbios hay un tono chabacano que las parisinas han perdido desde que París ha dejado de ser popular y por su asfalto sólo pululan chicas intercambiables, con flequillo y bailarinas y una dicción fastidiada y fastidiosa.

Vacilaba.

—Tenemos determinadas consignas, pero me he puesto un poco «pelma» con usted.

Corrijo:

—No se ha puesto «pelma». Ha hecho su trabajo.

Se ha relajado. Es increíble cómo el argumento profesional tranquiliza a la gente cuando la conciencia les dice que lo que han hecho no está bien. Es increíble cómo eso también les impide rebelarse... Pero hela aquí que se sienta a mi vera, un gesto totalmente incongruente para un agente de seguridad.

Esto tampoco puedo decírtelo. Inspira profundamente y suspira. El pecho se le levanta por entre los botones de la camisa blanca. Lleva un sujetador de cuadros de Vichy rojos y blancos. Un toque años sesenta que me aleja unos instantes de Roissy. Una ducha mental de dulzura que me sustrae a esos pensa-

mientos cortantes como el sílex que han estado cizallándome el cerebro desde que recibí la llamada de la embajada. Aparto la mirada para no seguir imaginando el cuerpo de Karima. Demasiada dulzura podría hacer que me diera media vuelta. Por fortuna, no lees esto, Héctor. Te rebelarías: «¿Cómo? ¿Serías capaz de renunciar a identificar a mi madre?». No, precisamente. Y es por eso por lo que desvío la mirada.

Suspira nuevamente.

—¿Le ocurre algo?

—Me gustaría tanto poder detener a uno —me espeta.

—¿A un qué?

—A un terrorista. A mi padre lo mataron ellos, en Argelia.

Se pone las manos en la cara.

—Lo lamento —le digo. Y como trato de alargarme con algo más personal y como, probablemente, no nos volveremos a ver, añado—: Mi hijo casi pierde al suyo por culpa de ellos.

Retira las manos, me mira de hito en hito.

—Pero el padre de su hijo es usted, ¿no?

—Sí, soy yo.

Me lanza una mirada de incompreensión total. Para no tratar de descifrar, para no hacer más la «pelma», quizá también para no seguir pensando en la muerte, se ha levantado y me ha dejado en mi banco de escay, sin mirar hacia atrás. Karima se ha sobrepuesto. El barbudo la ha mirado mal. He sentido odio hacia él.

Tanto como odié a tu madre por haberme obligado a hacer lo contrario de lo que yo me había prometido.